

en la vida del alma, porción divina que transfigura todo lo que hay de parecer en nuestro ser, y encumbrándolo sobre toda la naturaleza visible lo acerca y asimila a su Criador.

JOSÉ VICENTE CASTRO SILVA

Octubre 31 de 1912.

EL PODER DE LA ORACION

I

Luce el primer albor de una espléndida mañana de abril cuando la noble condesa de los Alijares, saliendo del templo en que acababa de oír misa, tomó con paso rápido el camino que conducía a su domicilio, un palacete de gusto moderno, que en las alturas del miradero había alquilado su marido por el tiempo que hubieran de residir en la vetusta y nobilísima ciudad de Toledo.

Su modesto atavío y humilde porte no permitían distinguir en la calle a la noble dama de las otras mujeres de inferior posición, con quienes se cruzaba en su camino. Y sin embargo, ella era joven, hermosa y rica de aquellos dones que el mundo llama fortuna. Pero además de que el lujo y los adornos vanos y llamativos se aventan mal con su carácter sencillo, y más bien severo, tenía la condesa razones particulares, que ahora diremos, para alejar de sí semejantes vanidades y hacer vida retirada y oscura, empleando sus riquezas y su tiempo en obras de piedad y caridad con los menesterosos.

Es de saber que el padre de la condesa, cierto mercader oriundo de Grecia, después de residir largos años en la Argentina, donde acumuló grandes bienes de fortuna, vino a establecerse en Barcelona, donde se casó y donde por largo tiempo tuvo abierta una casa de banca, que fue prosperando y enriqueciéndose cada día más, hasta la muerte del banquero. Falleció éste dejando a su mujer y a

su única hija un patrimonio inmenso, que bien pronto excitó la envidia de los ruines y desató las lenguas de los malévolos; comenzó a decirse por la ciudad que aquellos millones de duros estaban amasados con la sangre de muchos desgraciados, a quienes el difunto había arruinado con malos negocios de bolsa o con préstamos usurarios.

Al poco tiempo murió también la viuda, y quedando por única heredera la joven Eulalia, arreciaron los ataques de los murmuradores; y los que en vida del padre se contentaban con propalar arteramente aquellos vagos rumores calumniosos, al encontrarse frente a un enemigo tan débil como la pobre niña, desechada toda cautela, con el mayor descaro se consagraron a hacer comprender a la infeliz, de mil maneras, cuán patente estaba para todo el mundo la fuente impura de que provenían aquellas grandes riquezas que ella injustamente poseía.

Grave contrariedad y dolor gravísimo fue esto para la delicada conciencia y los rectísimos procederes de Eulalia. Siguiendo los consejos del antiguo capellán de su casa, anciano y virtuoso sacerdote que la había visto nacer, puso todos los títulos y justificantes de la hacienda paterna en manos del más probo y experto abogado de la ciudad, para que los examinase escrupulosamente, mientras ella por su parte se dedicaba con ardor a la tarea de descubrir si verdaderamente su padre había en alguna ocasión causado algún daño que ella debiera y pudiera reparar, encontrándose dispuesta a sacrificar a este fin hasta el último céntimo de aquella fabulosa herencia que tan desgraciada la había hecho.

Pero no hallando por parte alguna la justificación de aquellas infames hablillas, y viendo que a pesar de todo la maledicencia no dejaba de perseguirla, la pobre niña concibió el proyecto de repartir toda su fortuna entre los menesterosos y retirarse a un convento. "De esta manera—decía—el mundo se olvidará de mí y dejará de atormentarme infamando la memoria de mi pobre padre."

Don Anselmo, el viejo sacerdote, amigo antiguo de la familia, padre espiritual y consejero carísimos de la joven, procuraba hacerla desistir de semejantes propósitos, que consideraba descabellados, pues nadie como él conocía las disposiciones de aquella alma inocente, y estaba bien persuadido de que no la guiaban por el camino del claustro los impulsos de una verdadera vocación religiosa, sino el ansia de huir de aquel inmerecido desprecio con que la trataban sus compatriotas.

Acertó a llegar por entonces a Barcelona un joven de distinguida familia toledana, de hermosa presencia, rico de bienes de fortuna, y lo que vale más, buen caballero y buen cristiano, llamado don Rodrigo de Aro, conde de los Alijares. Residía este señor en Madrid, donde, por complacer a su padre, había ejercido brillantemente su carrera de abogado durante algún tiempo; pero no conformándose esta profesión con su conciencia timorata y su índole retraída, la abandonó así que hubieron muerto sus padres, entregándose con pasión al estudio de la historia y de la arqueología, por cuya razón viajaba gran parte del año. Habiendo sido recomendado por cierto común amigo al capellán de Eulalia, aquel señor le presentó en el palacio de la riquísima heredera, y de allí a pocos meses, habiendo conocido mutuamente los dos jóvenes las excelentes cualidades que en cada uno sobresalían, juráronse fe de esposos al pie de los altares, formando la pareja más igual y más encantadora que imaginar se pueda.

Transformada en condessa de los Alijares, la joven Eulalia dióse prisa a vender la mucha hacienda que poseía en Barcelona, y del producto de ella hizo cuantiosas donaciones a los hospitales y demás obras piadosas de la población, lo que fue causa de edificación universal, y si no de arrepentimiento, por lo menos de vergüenza para sus detractores. Reservóse además el derecho de poder disponer siempre de una parte de sus inmensas riquezas en favor de los pobres y en sufragio del alma de su calumniado padre.

El matrimonio fijó luego su residencia en Madrid, donde permaneció algunos años y donde su hogar, feliz por ser un verdadero hogar cristiano, vino a ser alegrado e iluminado por el nacimiento de un niño tan hermoso como sus padres y con probabilidad de llegar a ser tan bueno como ellos.

Entre tanto el conde había comenzado a escribir una *Historia del arte musulmico en España*, obra de estudio y de investigación que le obligaba a visitar muy despacio diferentes regiones y ciudades. Como era lógico, don Rodrigo pensó antes que todo en su pueblo natal, la incomparable Toledo, la ciudad-museo, donde cada edificio es un monumento y cada piedra un recuerdo de inestimable valor artístico, histórico o legendario. Prestóse la condessa a acompañarle en aquella grata excursión, y ésta era la razón de hallarse en la imperial ciudad aquella familia tan feliz y tan digna de serlo.

II

Cuando llegó a su casa la condessa, el conde se había levantado, y como de costumbre, aprovechaba en el estudio las primeras horas de la mañana. Dirigióse la dama al despacho de su marido, y quedó sorprendida al ver a éste apoyado en el alféizar de una ventana, mirando a lo lejos con ayuda de un antejo, y tan absorto en la contemplación, que no sintió el ruido de la puerta ni advirtió la presencia de su mujer, que sigilosamente se le acercó, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—¿Se puede saber que estás mirando, que así embarga toda tu atención?

—Bien lo ves, Eulalia—dijo el conde volviéndose vivamente,—observo aquellas pobres casitas de allá abajo.

—Pues ¡qué! ¿No las estás viendo todo el día?

—Ciertamente: todo el día estoy viendo las casas y el espléndido panorama de nuestra vega; pero no es lo uno ni lo otro lo que ahora despierta mi interés. Vén acá y

míra bien enfrente: yo sostendré los gemelos, y tú observa con atención la ventana abierta de aquella casa solitaria.... ¿No te parece aquél un cuadro muy digno de ser contemplado?

—¡Ah! es aquella rapazuela.... ¿Pero por ventura tiene alguna relación con tu *Historia*?—preguntó con cierto acento malicioso la señora.

—No se trata de mi *Historia*, querida; pero sí de una historia oscura, ciertamente, pero muy verdadera y acaso muy triste para la pobre niña que, oculta en su rincón, ora con tanto fervor. Y has de saber que no es la vez primera que la veo en esa actitud tan humilde, postrada de hinojos ante la imagen de la Virgen.... ¡Míra, míra!

—¡Oh, pobrecita!—exclamó compasivamente Eulalia—¿Pero sabes una cosa? Que creo que no me es desconocida.... Indudablemente la he encontrado alguna vez en la iglesia.... Y ahora parece que llora. ¿Lo ves tú, Rodrigo?

—Llora, efectivamente—replicó éste con gravedad—Y como yo sé que mi mujercita tiene un corazón de oro, por eso esperaba su vuelta para hablarla de aquella pobre inocente dolorida, en la seguridad de que en su alma había de nacer en seguida el deseo de consolarla.

—Dices bien. En aquella mísera casucha debe pasar algo muy triste, alguna gran necesidad que nosotros debemos conocer. Oye lo que pienso. Después del desayuno, en tanto que Rosa se va con Luisito a dar su paseo diario a Zocodover, y tú, como de costumbre, te encierras en la biblioteca, yo bajo, atravieso el paseo, me deslizo con el arte que yo sé por aquellos despeñaderos, y tomando aquel sendero de cabras que se ve a la derecha, en poco tiempo me presento a la puerta de aquel triste zaquizamí. ¿No te parece?

—Perfectamente. Ya sabía yo que no había de ser vana mi diligencia.

Así diciendo, retiróse don Rodrigo a sus libros, en tanto que la condesa se entregaba, en un gabinete inmediato, a su ocupación favorita, que consistía en preparar toda suerte de ropa blanca que regalaba después en grandes cantidades al Hospital de la Misericordia.

De allí a un rato Rosa, el ama de gobierno, entró desfavorida, en la habitación, exclamando:

—¡Señora, señora!

—¿Qué pasa?—preguntó Eulalia, levantándose asustada.—¿Dónde está Luisito?... ¿Qué le sucede?...

—¡Oh! nada, nada señora; el niño está bueno.... Es que....

—¡Hábla!

—Es que.... el bolsillo con que estaba jugando el niño, se ha perdido, y no puedo encontrarlo. No quise venir a decirlo antes a la señora condesa, esperando que pareciese....

—¡Dios sea bendito!—exclamaron a una voz Eulalia y Rodrigo, que al oír las primeras palabras se había presentado en la puerta de su despacho.

—Ahora—siguió la dama—cuénta lo que ha pasado con el bolsillo.

—Se ha caído a la calle con todo el dinero que contenía, y que yo no sé cuánto era.

—El bolsillo, que era mío—dijo el conde,—debía contener unas trescientas pesetas próximamente.

—¿Pero cómo ha sido eso?—preguntó Eulalia con alguna impaciencia.

—¡Oh! Perdone la señora condesa.... Se divertía tanto el niño con las monedas, que no me resolví a quitárselas; largo rato llevaba jugando con el dinero, cuando súbitamente tuvo la idea de guardarlo de nuevo, y certando el bolsillo, hizo ademán de tirármelo a la cabeza. Como yo estaba junto a la ventana, el bolsillo, pasando por encima de mí, fue a caer a la calle.

—Y ¿por qué no bajaste en seguida?

—Sí que bajé, señora; bajé en cuatro saltos la escalera; pero cuando llegué abajo, el bolsillo había desaparecido. Y sin embargo, a estas horas no suele haber gente en el Miradero.... No sé quién se lo ha llevado; pero sé que yo tengo la culpa, y es justo que devuelva....

Rosa lloraba. El conde la dijo bondadosamente:

—No se hable más de ello: no lo consentiremos. Más que el dinero siento la pérdida del bolsillo, que fue el primer regalo de Eulalia y obra de sus manos. Pero todavía puede ser que parezca. Ahora vuélvete allá, Rosa; y será mejor que tengas cerrada la ventana, no se vaya a caer Luisito, que esa sí que sería desgracia verdadera.

—¡Dios nos libre!—exclamó Eulalia.

La sirvienta, confusa y dolorida, salió enjugándose las lágrimas.

—¿No crees tú, Rodrigo, que se podrá recobrar ese dinero?

—¡Quién lo sabe! Si el que lo ha encontrado es un caballero, un alma recta, un buen cristiano, a estas horas estará haciendo diligencias para buscar al dueño del bolsillo; pero si ha caído en manos de algún aprovechado canalla, ¡adiós mi dinero!.... ¿Quién sabe, querida?.... Demos gracias al cielo porque al cabo no se trata más que de unas cuantas pesetas.

—Tienes razón. Dios nos preserve de mayores males.

III

—¿Trajiste la medicina para tu madre, Leocadia?—preguntó el zapatero Lorenzo a su hija, suspendiendo por un momento su trabajo.

—Sí, papá; ya sabes qué bien la sienta; ¡pobre mamá!

—¿Y cuánto te ha llevado el farmacéutico?

—Todo lo que usted me dio: ochenta céntimos.

—¡Ochenta céntimos! ¡Cómo se van mis pobres ahorros!—suspiró el desdichado.—Esta enfermedad me los ha llevado en un soplo.

—Ahora quiero que vea lo que he encontrado.

—Véte, véte a ver a tu madre, Leocadia. ¿Qué quieres que mire? No habrás descubierto ningún tesoro.

—Mírelo, a pesar de todo.

—Te digo que no tengo tiempo, hija mía.

Y sin levantar los ojos, seguía Lorenzo machacando la suela.—Si yo pudiese pagar un oficial, el trabajo produciría doble. Pero yo solo, ¿qué puedo hacer? Luégo los parroquianos quieren ser servidos con presteza, aunque para pagar el servicio no suelen andar tan apresurados.

—Padre—insistió la pequeña,—¡si fuese nuestro este dinero!

—¿Qué dices, niña?—Y esta vez Lorenzo interrumpió su tarea.—¿Qué es eso que traes? ¡Un bolsillo con dinero! ¡Oh cielo santo! Dame, dame....

El zapatero había tomado en su mano el bolsillo, y abriéndole apresuradamente, comenzó a contar el dinero que contenía.

—¡Por mi fe, que en mi vida he visto tanto oro junto! ¿Sabes cuánto hay? ¡Dios misericordioso! Más de sesenta duros.... ¿Pero dónde has hallado esto?

—En el paseo del Miradero, según venía de la iglesia, lo hallé caído en el suelo.

—¿Y te ha visto alguien recogerlo?

Leocadia hizo un signo negativo.

—¿Y tú no habrás contado?....

—A nadie, padre, a nadie.

—Ahora, pues, es preciso callar; ni tu madre ha de saber nada de este negocio. La cosa podría divulgarse, y entonces....

Leocadia meditaba en silencio el sentido de aquellas palabras. Después de un momento exclamó:

—Pero será preciso notificar el hallazgo a la policía.

—¿Qué has dicho? A la policía.... ¿No acabo de encarcerarte la necesidad del secreto? El que ha perdido el bolsi-

llo sabrá bien lo que ha de hacer para recuperarle. A nosotros nos toca callar: ¿Lo entiendes?

—Y yo creo más bien que el Señor nos bendecirá si procuramos buscar por nosotros mismos el dueño de este dinero.

—El Señor nos bendecirá, cierto; pero también lo es que nos encontramos en una espantable miseria, y yo no sé qué hacer ni qué pensar. ¿No oíste cómo me trató ayer aquel infame judío, apurándome para el pago de aquella deuda? Me amenazó con llevar el asunto a los tribunales.... y piensa que puede volver hoy o mañana. Además, estamos bastante atrasados en el pago del alquiler de nuestro mísero tugurio; y ya me ha amenazado el casero con ponernos en la calle.... ¡Y de la manera que se encuentra tu pobre madre! ¡Oh, desgraciados de nosotros!

La niña se cubrió el rostro con ambas manos, y rompió en un copioso llanto.

—Es cosa terrible, en verdad, padre mío; pero tú verás que si nos conservamos justos, Dios y su Madre Santísima han de venir en nuestra ayuda.

Lorenzo había dejado de trabajar. De cuándo en cuándo su mano, atraída como el hierro por el imán, se introducía en el bolsillo.... Y con la mano iba el alma del pobre zapatero.

A este tiempo, por los vidrios de la entornada ventana penetró un vivo rayo de sol que iluminó vigorosamente el único cuadro que pendía de la pared, adornando la mezuquina estancia.

Era una tosca pintura que representaba la muerte de un pecador. Este yacía tendido en el lecho. A un lado aparecía un ángel y al otro el demonio asistido de muchos espíritus protervos. El ángel se mostraba taciturno y entristecido, mientras el tentador ostentaba la satisfacción del triunfo, al ver al enfermo, próximo a la muerte, y sin cesar de extender ávidamente su mano hacia un gran saco repleto de oro, que se veía en una mesita cercana.

El infeliz zapatero miró instintivamente aquella imagen, y tembló. Volvió a tocar el bolsillo, y esta vez le pareció que el dinero quemaba su mano.

¿Por qué no devolvía el bolsillo a la niña? Leocadia contemplaba a su padre y esperaba con inquietud su resolución.

—Nada temas, hija mía,—la dijo él dulcemente—Yo no soy ningún ladrón: sé que esta riqueza no me pertenece, y no pienso apropiármela. Estoy seguro de que los periódicos anunciarán la pérdida del bolsillo y dirán el nombre de su dueño, con la promesa de una buena gratificación para la persona que lo restituya; y entonces mi querida niña se apresurará a devolver esta fortuna a su legítimo poseedor y tomará lo que a cambio de esta buena acción le entregarán, que será para nosotros honra y provecho. Entretanto, déjame en paz, y no se trate más del asunto.

Habituada como estaba a obedecer, la mocita no replicó palabra; fuése con el corazón angustiado a la alcoba donde estaba la pobre madre enferma, y después de haberla administrado amorosamente la medicina, que la produjo un grato adormecimiento, retiróse a lo alto de la casa donde tenía el miserable chamizo que la servía de dormitorio. Allí, sola con su dolor, dejóse caer de hinojos ante una devota imagen de la Virgen del Sagrario, y comenzó una tierna e insistente plegaria acompañada de copioso llanto.

En este momento fue cuando el conde de los Alijares acertó a verla desde el balcón de su casa, y hondamente interesado, se la mostró a su esposa.

Lorenzo no se separaba un momento de aquella fortuna que tan impensadamente se le había entrado por las puertas; sentía verdadero terror al pensar que pudiera perderlo o que alguien se lo robase. Con impaciencia febril esperaba la salida de los periódicos del día siguiente, donde con toda seguridad creía él que se anunciaría la pérdida del bolsillo.

Como no hay plazo que no se cumpla, pasó aquella tarde y pasó también la noche rápidamente, por más que al pobre obsesionado con su idea le pareciese que el reloj no se movía; y en cuanto sonó la hora oportuna corrió a casa de un panadero, vecino suyo, que todos los días compraba el *Eco Toledano*, y con verdadera ansia recorrió desde el principio hasta el fin la cuarta plana, cubierta de infinitos anuncios de todo género; pero nada encontró de lo que tanto le interesaba. Entonces, extrañando mucho este silencio, y no sabiendo a qué atribuirlo, dijo interiormente, entre confuso y esperanzado:

—Indudablemente, este dinero pertenece a alguien que ha pasado rápidamente por nuestra ciudad, porque un vecino de Toledo no habría dejado pasar tanto tiempo sin anunciarlo. Ha sido, pues, un forastero.... un forastero que tal vez ha tardado mucho en advertir la pérdida; y ¡quién sabe si mi buena suerte hará que el tal haya caminado tanto que no piense volver más por aquí! ¿Por ventura sería cosa tan rara? ¿No se habría visto nunca en el mundo?....

Y el corazón del infeliz comenzó a golpearle el pecho con tal violencia, que parecía querer salirse. Y la bolsita con el dinero, que llevaba guardada en su faltriquera, comenzó a pesar cada vez más; tanto, tanto aumentaba su peso, que hubo un momento en que al pobre Lorenzo le pareció imposible moverse debajo de aquella enorme carga.

Lentamente y en extraña situación de ánimo regresó a su casa, en cuya puerta se encontró con el viejo judío, que sin cesar le acosaba para el cobro de cierta cantidad que el zapatero le adeudaba hacía más de dos años.

—¡Por fin llegaste!—exclamó malhumorado al verle.—Me figuro que vendrás de tomar la copita matutina.

Lorenzo, fingiendo no haber comprendido, contestó:

—¡Oh, señor Jacob! Otra vez se molesta usted en volver....

—Cuando se trata con cierta clase de gente, uno ha de molestarse por fuerza. Yo acostumbro a machacar el hierro hasta que arde. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no puedo sacarte ni un céntimo? Un año corrido, mi querido Lorenzo, nada más que un año.

—Usted, señor Jacob, sabe bien que yo no soy más que un pobre diablo; pero que voluntariamente y sin necesidad de apremios pago cuando no me es imposible como ahora. En esta ocasión, en que con la enfermedad de mi mujer me está costando un ojo el mantener la familia....

—Esos son cuentos. Yo quiero pocas palabras y buenas. ¿Quieres, o no quieres pagarme?

—¡Quieres, quieres! Quiero con toda el alma, pero si no puedo....

El que quiere puede,—replicó el acreedor adoptando el aire de quien pronuncia una gran sentencia.

—¡Ah! ¡por Dios, señor!....

—Concluyamos, Lorenzo: o me pagas hoy mismo, o procederé contra ti con arreglo a la ley. He venido con ánimo de no moverme de aquí mientras no lleve mi dinero. ¡Ea! ¿Qué respondes? ¿Hablo yo en griego, que no me entiendes?

—¡Señor Jacob! ¡Por piedad, créame!....

—Está bien. Antes de veinticuatro horas te pondré en relación con el juez, para que veas que no me chanco.

Mientras así hablaban, Lorenzo y el judío habían entrado en la tienda. Lorenzo, desesperado, no sabía qué hacerse. ¿Dónde encontrar todo el dinero que necesitaba para salir de aquella situación?

—¡Desventurado de mí!—exclamaba al mismo tiempo que su ángel malo le obligaba a introducir su mano en el bolsillo y palpar aquel oro que no le pertenecía.

Hubo un minuto de silencio y el tentador salió triunfante.

—Yo quiero pagar,—murmuró el zapatero, temblando como un criminal en presencia de su juez.—Sí quiero pa-

gar a usted, pero usted es demasiado cruel conmigo. Quiero pagar.... pero....

Lorenzo temía ser sorprendido por su hija o que la madre llegase a oír el sonido de las monedas.

Lorenzo cerró cuidadosamente la puerta que correspondía al interior de la casa; y no queriendo que el visitante viese todo el dinero que poseía, abrió un viejo arcón, y poniendo en él con disimulo el bolsillo, tomó de él ciento cuarenta pesetas, y se las entregó al judío diciendo:

—Tóme usted, y déme el recibo.

—Aquí le traigo. Pero ¡qué veo!, parece que podías pagarme. ¡Y tanto como me has hecho rogar teniendo estas hermosas monedas de oro! ¡Ah, mundo bribón! Y en verdad que el caso es raro. ¿Quién hubiera esperado que un pobre remendón poseyese este tesoro? Pero yo también me precie de ser caballero; y ahora sólo me toca pensar que puesto que me has pagado en oro, tengo que devolverte lo que importa al cambio. ¿Por qué me miras así? Tóma: eso es tuyo. Y ahora, quiero que quedemos tan buenos amigos, como fuimos siempre, compadre. Si algo te ocurre en que yo pueda servirte, ya sabes mi casa, calle del Hombre de Palo, número 3. Yo llevo grato recuerdo de la tuya. Ahora, venga esa mano, y adiós.

Lorenzo miraba a su interlocutor con aire de estar trastornado. No deseaba más que se marchara pronto y le dejase a solas con su pensamiento y con los remordimientos de su conciencia.

Dejóle ir sin pronunciar palabra, y mientras el otro se alejaba, contemplábase embobado desde el interior de su covacha, en pie, con los brazos caídos e inmóvil como una estatua.

—¡Estamos salvados!—exclamó al fin. Y de tal manera estaba turbado y entontecido por la acción que acababa de ejecutar, que sintió deseos de dar gracias a Dios por haberle librado del asedio de aquel acreedor terrible. Pero las palabras murieron en sus labios. Una voz interior le gritaba: “¡Miserable! Tu oración sería una blasfemia!”

—¡Es cierto, Dios mío! ¡Soy un malvado!

Un sudor frío inundaba su cuerpo y las piernas se negaban a sostenerle; finalmente dejóse caer como cuerpo sin alma sobre su desvencijado taburete.

—Hé aquí—sollozó—que ya me encuentro en la misma situación que el desdichado que ese cuadro representa. Si la muerte me sorprendiera en este instante, moriría en pecado mortal como él.

De pronto sintió los pasos ligeros de Leocadia que se acercaba, y rápidamente se puso a trabajar con la cabeza inclinada y el gorro introducido hasta los ojos.

IV

A la mañana siguiente la piadosa muchacha, rebozando alegría, entró en la tienda con un papel en la mano y, mostrándoselo a su padre, gritó gozosa:

—¡Por fin está aquí!

—¿Qué es eso?—preguntó no sin cierto sobresalto Lorenzo.—¿Qué es lo que de ese modo te altera?

—El periódico que he ido a buscar a casa del panadero. Oye lo que dice: *Se entregará buena gratificación a la persona que presente en nuestra redacción o dé noticia de un bolsillo de seda color de rosa, bordado con oro y piedras y que contiene cierta cantidad de dinero; el cual bolsillo fue perdido por su dueño hace dos días en el paseo del Miradero.*

—Está bien,—respondió el zapatero después de haber releído por sí mismo aquellas palabras.—Está bien. Pero a ti no te consta si ese bolsillo es el tuyo u otro que tal vez esté en poder de otra persona.

—No, padre; está claro que se trata del mismo que yo encontré. Por consiguiente, yo creo que, sin perder un momento, debo ir a llevarlo al periódico. ¡Oh! estoy muy contenta, padre, porque a lo menos una parte de ese dinero es seguro que te la he de devolver; y entonces será

nuéstro, y servirá para que mi pobre madre pueda curarse.

Pero el zapatero culpable no mostraba tanto júbilo; veíase bien que la alegría de la inocente doncella despertaba en su corazón un sentimiento de espanto.

— ¡Dichoso bolsillo! — murmuraba como hablando consigo mismo. — Y ahora, ¿a dónde diablos iremos a parar?... ¡Ay! Demasiado lo sé.

Luégo, reanimándose de pronto, continuó:

— ¡Ea! Aquí lo tienes; — y presentó el bolsillo a su hija.

Esta, muy sorprendida por el aire embarazado y confuso de su padre, aunque muy lejos de sospechar lo que había pasado, soltó los cordones de la bolsa y comenzó a contar el dinero.

— ¡Pobres de nosotros! — exclamó asustada.

— ¡Pobres de nosotros! Aquí faltan muchas monedas. Es preciso que se hayan extraviado y que estén por aquí en algún rincón escondidas. Hay que buscarlas en seguida, en seguida....

— ¿Extraviado dices? ¡Qué se han de extraviar! Tú no has sabido contarlos: dámela acá, y yo seré el que lo lleve. Estas son cosas más.

— No, padrecito, nó; yo he sido quien lo he encontrado, y es razón que yo lo devuelva, porque soy quien mejor puede precisar el sitio y la hora del hallazgo. Además, también es posible que la recompensa ofrecida sea mayor viendo que se trata de una pobre muchachuela.

— Haz lo que quieras; pero no quisiera que te echaran a ti la culpa.

— ¿De qué?

— ¿De qué?... Míra, niña mía: otras cosas pueden tener arreglo; pero en cuestiones de cuartos no hay más que lo que hay.... y yo de he secado de ahí algunas pesetas.

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! — gritó la joven temblando y apoyándose en el arca para no caer.

Y sin dejar de sollozar, añadió con cierta energía:

— ¡Cuénta, cuénta! ¡Dímelo todo, por amor del cielo!

Lorenzo estaba delante de su hija como un reo en el banquillo. Lentamente, con el semblante encendido y la vista en el suelo, fue relatando lo sucedido:

— Faltan ciento cuarenta pesetas que tomé yo ayer para pagar mi deuda, porque el maldito judío amenazaba con la intervención de la justicia. ¿Entiendes? Hubieran venido a embargarnos nuestro mísero ajuar, nuestras ropas, puede que hasta el lecho de tu desgraciada madre.... Querida mía, he obrado mal, muy mal. Después he pensado que mejor hubiera sido para mí afrontar la muerte que convertirme en un ladrón. ¡Un ladrón tu padre, pobre ángel mío!... ¡Oh! ¿Quién me salvará de la cárcel y de la deshonra? Pero créeme, Leocadia, que si yo hice lo que hice, fue solamente para no ver morir a tu madre de dolor y de vergüenza. ¡Dios lo sabe!

Leocadia, traspasada de dolor, continuaba apoyándose como si temiera que le faltasen fuerzas para soportar golpe tan rudo: tenía las manos juntas en actitud de orar, la vista fija en tierra y los dulces ojos llenos de lágrimas.

Lorenzo se arrodilló ante ella y quiso tomarla una mano; visto lo cual por la rapaza, le echó amorosamente los brazos al cuello exclamando:

— ¿Qué es lo que haces? Levánta, por Dios, padre mío, y escúcha. Lo que está hecho, no podemos deshacerlo; pero no debemos desconfiar de la misericordia de Dios. ¡Que mi madre no sepa nada! Con esta cara no puedo presentarme a ella. Tú permanecerás aquí por si llama y pide algo, mientras yo voy arriba a pedir a la Santísima Virgen que se apiade de nosotros y conjure el peligro que nos amenaza.

Y semejante a una golondrina desorientada en su vuelo, a un alma que ha perdido la ruta del paraíso, la joven



subió ligera la escalera que conducía a su desmantelado chiribitil. Una vez allí, postróse ante la imagen de la Señora y oró por largo tiempo silenciosamente, hablándola con el alma, como hablaría con una madre.

—¡Oh, dulce Madre!—decía!—¡Tened compasión de mí y de mi padre, que siempre ha sido vuestro fiel devoto! El ha cometido una grave falta; pero haced vos que todo caiga sobre mí.... Yo soy quien debe dar cuenta del dinero que falta; el bolsillo lo he encontrado yo; yo he sido quien se lo dí a mi padre.... ¡Que nadie sospeche de él! ¡Oh, María! ¿No es verdad que tendréis misericordia de nosotros?

Después de algún tiempo se levantó, enjugó sus lágrimas, y sacando fuerzas de flaqueza, tomó el bolsillo que había dejado sobre una silla, y se dispuso a salir.

V

Oyéronse pasos precipitados por la escalera, y alguien llegó hasta el cuarto y llamó discretamente con la mano. Leocadia se apresuró a abrir.

—¿Es usted la hija de Lorenzo Revuelta?

—Para servir a usted, señora.—Y Leocadia se quedó mirando a la recién llegada, a quien recordaba haber visto ya en otras ocasiones.

—Mis señores, los condes de los Alijares, desean hablar con usted, y vengo a suplicarla que tenga la bondad de venirse conmigo. Vivimos muy cerca de aquí. ¿Ve usted? Aquellos son los balcones de casa. No tema usted nada, porque mis amos son muy buenos.

—Iré de buena gana: tanto más cuanto que me disponía a salir ahora para cierto negocio; pero ya iré luego.

—Sí, venga pronto, porque mis señores quedaban esperándola.

—¿Usted no sabe lo que quieren de mí?

—No puedo precisarlo; pero me ha parecido que hace poco hablaban de haber visto a usted muy apenada; y como ellos son tan caritativos, me figuro que pretenden hacer a usted algún bien.

Leocadia dirigió una nueva mirada de súplica a su Virgen del Sagrario, y salió acompañada de Rosa.

La condesa recibió amablemente a la niña, que no ocultaba su asombro; y haciéndola sentar junto a sí, dijo:

—Seguramente, hija mía, encontrarás un poco extraño el que yo te mande a llamar de esta manera. La razón es que hace algunos días que venimos observando mi marido y yo que con frecuencia, retirada en tu guardilla, pasas largos ratos orando y llorando. Perdóna si te parezco indiscreta hablando de estas cosas; pero nosotros hemos pensado que debes sufrir algún dolor muy grave, y si pudiésemos proporcionarte algún consuelo, créeme que lo haríamos con todo el corazón.

—La señora es demasiado buena—respondió dulcemente Leocadia,—y yo estoy verdaderamente confundida....

—Háblame sin temor alguno, pobre niña. Díme por qué llorabas. ¿Acaso ha muerto tu madre? ¿Os amenaza alguna otra desgracia, o temes algo muy amargo para lo porvenir? ¿Qué podríamos hacer por vosotros?

La joven vaciló un instante; pero animada por la sonrisa y la amabilidad generosa de aquella señora tan hermosa y tan buena, comenzó a hablar de la gran miseria que hacía tiempo reinaba en su casa; de la larga enfermedad de su madre tan grave como costosa, de la inmensa aflicción en que estaba sumido el pobre zapatero, al ver que, trabajando sin descanso, no solamente no alcanzaba a sostener la familia, sino que contraía deudas que... ayer mismo un acreedor sin entrañas había venido a amenazarle....

—¿Y qué más? Hábla, hija mía—dijo Eulalia.—En tus ojos cándidos me parece que estoy leyendo que tienes toda-

vía algo más que decirme. ¿Qué te detiene para contármelo todo?

—Señora—replicó Leocadia tímidamente y pronunciando las palabras una por una como si le costara mucho trabajo encontrarlas.—Tiene usted razón. Es verdad que.... que ayer, cuando mi pobre padre se hallaba afligido por una inmensa pesadumbre a causa de la deuda de que he hablado, yo, volviendo de la iglesia, al pasar junto a la puerta de esta casa, encontré un bolsillo....

—¿Tú encontraste un bolsillo?

—Sí; pero en lugar de dar inmediatamente cuenta del hallazgo a la policía.... tuve la.... la imprudencia de conservarle en mi poder esperando que alguien le reclamase. Esta tardanza ha sido la que ha traído sobre nosotros la verdadera desdicha.

—Pero ¿qué estás hablando de desgracia, hija mía? Al contrario; yo creo que ese bolsillo ha de traeros una fortuna, porque mucho me equivocaré si no es el que mi niño dejó caer por el balcón.

—¿El bolsillo era, pues, de la señora?—exclamó la rapaza abriendo desmesuradamente los ojos con expresión de maravilla y de espanto.

—¡Justamente! El anuncio que mandamos al diario no pudo salir ayer, y tuvimos que aguardar a esta mañana, y ésta ha sido la causa de que tú no hayas podido devolver antes el bolsillo. ¿Por qué has de reprochártelo?

—En este momento, cuando llegó a mi casa su criada, yo me encaminaba a la redacción del *Eco* para que allí me dijeran a quién debía hacer la restitución.

Y la infeliz muchacha rompió en un llanto tan copioso como desolado, al pensar que inmediatamente iba a enterarse la condesa del dinero que faltaba y que su padre había sustraído. En medio de su congoja manteníase firme en su resolución de atribuirse a sí misma toda la culpa.

—¡Oh! ¿Por qué lloras de ese modo, querida? ¿Te entretengo demasiado, verdad? Vaya, dame el bolsillo

para que yo vea si es verdaderamente el que Luisito ha perdido.

—Aquí está, señora.

—El es, ciertamente. ¡Oh! ¡Cuán obligados vamos a quedarte mi marido y yo!

—La señora tendrá la bondad.... de enterarse.... si está completo.... el dinero,—dijo balbuciendo la desgraciada doncella, mientras elevaba su corazón en un recurso supremo a su querida Virgen del Sagrario.

—No, pobre niña, no; nada de contar. Desgraciadamente, por mucho bien que uno quiera hacer, jamás puede aliviar más que una mínima parte de los dolores del prójimo. Pero por esta vez el Señor me proporciona la satisfacción de poder ayudar a ti y a los tuyos.

Y abriendo el bolsillo, la noble condesa volvió sobre una mesa todo lo que contenía, y sin pararse a mirarlo, indicaba con la mano a Leocadia que lo tomase.

—Aguarde usted, señora, que aún no lo sabe usted todo; yo no merezco nada; yo....

—En cambio, yo quiero deberte el placer de ver que aceptas este poco dinero, que no es más que la justa recompensa del servicio que acabas de hacernos. Y ahora, hija mía, abrázame, y véte a entregar a tu padre ese pequeño tesoro, que sirva para aliviar y consolar a vuestra pobre enferma. Y desde ahora para siempre, acuérdate de que quiero ser tu amiga y ayudarte en tus necesidades. Mañana iré a pagarte la visita.

No pudo resistir Leocadia las generosas instancias de la señora; y sin acertar a pronunciar palabra, tomó el dinero, púsolo en su pañuelo, que anudó después, y se lo guardó en el bolsillo. Luégo estrechó febrilmente entre sus manos la que Eulalia le tendía, y la cubrió de besos y de lágrimas.

—Todos los días de mi vida rogaré por usted, señora, y por todos los suyos, para que el Señor de los ricos y de los pobres recompense el mérito de tanta caridad. Otra cosa no puedo hacer.

La condesa acompañó a Leocadia hasta la escalera : volvió a abrazarla y le dijo dulcemente :

—¡ Adiós, querida! Hasta la vista.... y véte en paz.

¿Estas últimas palabras significaban que la señora había a lo menos entrevisto la terrible angustia que había pesado sobre aquella alma inocente ? ¡ Tal vez !

De vuelta a su casa, Leocadia tenía que pasar por delante de una capillita donde la piedad de los vecinos del barrio veneraba un antiguo y milagroso crucifijo, que contaba muchos siglos de existencia. Arrodillóse devotamente, y del fondo de su alma dio gracias a Dios y a la Virgen su patrona, que casi milagrosamente la había librado de un dolor infinito, librando a su padre de una infinita vergüenza.

AL PRIMER VIATICO EN AEROPLANO

(Al Ilustrísimo señor Obispo de Pasto como testimonio de filial cariño)

Es una tarde plácida ; serena
Se desgrana la tarde en occidente,
Mientras que tinta en sangre, en el pcniente
El sol desparramaba su melena.

La noche se avecina : hondo mutismo
Desciende mansamente de la altura,
Y llena el mar, el monte y la llanura
Difundiéndose luégo en el abismo.

Del Sahara el desierto, mar de arena,
A lo lejos sus olas extendía,
Cual una inmensa, plácida bahía
Donde dejara el sol manchas de siena.

Y allá lejos, oculta por la bruma,
Que el limpio espejo por doquier empaña,
Hírguese altiva tolda de campaña
Cual níveo copo de ligera espuma.